

Páginas de un diario

1857

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO REYES"
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
1000. 1625 MONTERREY, MEXICO



LLEGADO á Lucerna ayer noche, 8 de julio, fuí á hospedarme en el mejor hotel, llamado «Schweizerhof».

«Lucerna es una antigua ciudad cantonal, situada en la orilla del lago de los Cuatro-Cantones», dice Murray.

«Es una de las poblaciones más románticas de Suiza; tres grandes carreteras la cruzan, y á una distancia aproximada á una hora de vapor se encuentra el monte Righi, de donde se contempla una de los más sorprendentes panoramas del mundo».

Es verdad ó no lo es!... Pero como todas las guías dicen lo mismo, hay siempre en Lucerna muchísimos turistas de todas nacionalidades y especialmente ingleses.

El hermoso edificio de cinco pisos del hotel Schweizerhof ha sido construído recientemente sobre el muelle, en el mismo borde del lago, y en el sitio donde antes existía un puente de madera cubierto, anguloso, con una capilla en un lado con imágenes de Cristo en las paredes. Ahora, gracias á la gran afluencia de ingleses, á sus necesidades, á su dinero, á sus gustos, el antiguo puente ha sido derribado y en su lugar ha sido construído un muelle de piedra, recto como una barra; sobre el muelle han construído una casa de cinco pisos, cuadrangular, y delante de la casa han plantado dos hileras de tilos, y entre los tilos han puesto como es cos-

tumbre algunos bancos verdes. Es el paseo; por ahí van y vienen los ingleses con sombreros de paja suiza, con trajes muy sólidos y cómodos, alegrándose de su obra. Quizás esos muelles, esas casas, esos tilos y esos ingleses estén bien en algún sitio, pero con seguridad no lo están en medio de esta naturaleza majestuosa y extraña que es al mismo tiempo dulce y armoniosa.

Cuando subí á mi habitación y abrí la ventana que da sobre el lago, quedé admirado ante aquellas montañas, aquel agua y aquel cielo. Sentí en todo mi sér el deseo, la necesidad de expresar de alguna manera la superabundancia de que se llenaba mi alma. Hubiera querido, en aquel momento, abrazar á alguien, enlazarme con él fuertemente, pincharle, es decir, hacer algo extraordinario con ese alguien ó conmigo mismo.

Eran las siete de la tarde; todo el día había estado lloviendo, y en aquel momento empezaba á despejarse el cielo. El lago, azul como azufre inflamado, veíase desde la ventana cruzado por infinitas canoas, las cuales dejaban en pos de sí anchas estelas que iban á perderse en la orilla; más lejos se estrellaba entre dos grandes montañas, tras de las cuales desaparecían las nubes empujadas unas por otras. En el primer llano que se distinguía, confundíase la orilla con los arroyuelos, con los verdes prados y los jardines de las casas... en el fondo las lejanas montañas de tinte violáceo, con sus cumbres de peladas rocas ó de blanca nieve... y todo este paisaje cubierto con el azul transparente del aire é iluminado por los calientes rayos del sol poniente que se abría camino á través del cielo. Ni sobre el lago, ni en el cielo, ni en las montañas veíase una sola línea recta, sólo se distinguía un tinte uniforme, pero ni un solo momento igual; por todas partes el movimiento, la simetría, el conjunto infinito, el capricho de las líneas y de las sombras, y por todas partes la dulce calma, la unidad y el deseo de lo bello. Y aquí en medio de la belleza indefinida, confusa, libre, delante de mi misma ventana, distinguíase con limpidez la blanca y artificial barra del muelle, los tilos, los bancos verdes, viéndose en esto la obra humana, pobre y nueva, que no es como las ruínas, ahogadas en la armonía general de la hermosura, sino que, al contrario, la turban groseramente! A pesar mío, mi mirada tropezaba sin cesar con la horrible línea recta del muelle, y quería rechazarla con el pensamiento como una mancha negra sobre la nariz ó sobre el ojo. Pero el muelle, con los ingleses que se paseaban por él, quedábase en el mismo sitio é involuntariamente trataba de hallar otro punto de vista dónde no lo distinguiera. Por fin logré lo que deseaba y antes de comer, solo, pude gozar de ese sentimiento

incompleto, pero que se siente hondo, tanto más cuando se gusta aislado la contemplación de la naturaleza.

A las siete y media me llamaron para comer; en la ancha sala del piso bajo, espléndidamente instaladas, había dos mesas lo menos para cien personas; durante unos minutos hubo un movimiento silencioso para la instalación de los huéspedes; rumor de faldas de las damas, pasos ligeros y menudos, coloquios discretos con los elegantes camareros... todos los sitios estaban ocupados por hombres y mujeres con ricos vestidos, los cuales eran llevados con un cuidado extraordinario. Como en Suiza la mayoría de los viajeros son ingleses, la mesa redonda tenía ese carácter particular de convención severa admitida por la costumbre; esta reserva no está basada en el orgullo, sino en la necesidad del aislamiento para lograr la cómoda y agradable satisfacción de sus deseos. Por todas partes veíanse finísimos encajes y blancos cuellos, pulidos dientes naturales ó postizos, manos y caras como la nieve; pero aunque entre tantas caras había algunas muy bonitas, éstas no expresaban más que la absoluta conciencia del bienestar egoísta y la completa ausencia de atención para con los demás, para todo lo que no tuviera relación directa con su propia persona; las manos llenas de anillos y forradas de finos guantes no tenían más movimiento que para ajustarse el cuello, cortar la carne ó verter el vino, sin que se reflejara en ninguno de esos movimientos la emoción del alma. Los individuos de una misma familia cambiaban de vez en cuando algunas palabras á media voz, sobre el sabor de tal ó cual plato, del vino, ó bien del hermoso panorama del monte Righi. Los tenedores y cuchillos apenas tocaban los platos; se comía muy poco de cada uno; los camareros, acostumbrados por fuerza á aquel silencio, preguntaban en voz baja: «Qué clase de vino deseáis?»

Estas comidas me aburren, me desagradan y acaban por volverme triste, me está pareciendo que soy un culpable, que estoy castigado, como cuando en mi infancia, por una travesura cualquiera, me sentaban en una silla, diciéndome irónicamente: «Descansa, querido!» Pero entonces había en mis venas sangre joven y oía en la habitación contigua los alegres gritos de mis hermanos, y me esforzaba para no rebelarme contra los sentimientos de opresión que sentía en tales momentos.

Todos esos semblantes tristes y escuálidos, ejercían en mí una fatal influencia, volviéndome también triste; no quería nada, no pensaba en nada, casi no veía nada. Empecé ensayando á hablar con mis vecinos, oyendo las mismas frases repetidas mil veces en el

mismo sitio y por la misma persona... Pero es que esas personas ni eran tontas ni indiferentes, y es lo más probable que en las respectivas casas de muchas de esas gentes, pasa la misma vida interior que en la mía y en algunas mucho más complicada é interesante. Entonces, por qué privarse de uno de los mejores placeres de este mundo, el placer de gozar el uno con la alegre conversación del otro?

Qué diferencia con nuestra pensión de París! Allí éramos unas veinte personas de nacionalidad, de profesiones y de caracteres los más diferentes, y gracias á la espontaneidad francesa íbamos á la mesa redonda como á una diversión.

Tan pronto como estábamos sentados en la mesa, empezaba la conversación de una punta á otra, llena de bromas y palabras de doble sentido, haciéndose general; cada uno, sin pensar lo que saldría, decía lo que le venía á la cabeza; teníamos nuestro filósofo, nuestro razonador, nuestro bromista; todo era alegre, y tan pronto concluíamos de comer, retirábamos la mesa y nos poníamos á bailar la *polka* hasta la noche sobre la empolvada alfombra; éramos un poco presumidos, sin mucho ingenio, ni mucha honestidad, pero éramos hombres.

Y la condesa española con sus aventuras románticas; el abate italiano que declamaba, después de comer, la *Divina comedia*; el doctor americano que hacía su entrada en las Tullerías; el joven dramaturgo con los cabellos largos; el pianista que, según sus propias palabras, había compuesto la *polka* más bonita que existe, y la desgraciada y hermosa viuda con tres sortijas en cada dedo; todos aunque superficial, pero humana y amigablemente, nos guardábamos los unos á los otros cierto respeto, llevándonos luego recuerdos que si bien de algunos eran pasajeros, de otros eran muy sinceros y cordiales.

En la mesa redonda á la inglesa, mientras contemplaba los encajes, los lazos, los anillos y los vestidos de seda, pensaba muchas veces que algunas de esas mujeres serían felices y harían feliz á un hombre vestidas con tanto adorno. Es extraño el pensar cuántos amigos y amantes, los mejores amigos y los más felices amantes, estén quizás el uno al lado del otro sin saberlo. Dios sabe el por qué no lo sabrán jamás y no se darán nunca el uno al otro esa felicidad que podrían darse tan fácilmente y que con tanto empeño desean.



II

ESTABA triste, como siempre después de una comida así, y sin tomar los postres salí de mal humor á pasearme por la ciudad. Las sucias y estrechas calles sin alumbrado, las tiendas que empezaban á cerrar, el encuentro de obreros bebidos, de mujeres que iban á buscar agua, otras mujeres con sombrero que, mirando alrededor suyo y á lo largo de la acera se ocultaban en las callejuelas, no solamente no disipaban sino que agravaban la sombría disposición de mi espíritu. En las calles había oscurecido por completo, cuando sin mirar á mi alrededor ni pensar en nada, tomé la dirección del hotel para disipar con el sueño mi mal humor. Un frío terrible embargaba mi alma; sentíame triste y solitario sin saber por qué, como sucede amenudo cuando uno se encuentra en parajes nuevos. Iba con dirección al Schweizerhof con la mirada fija en el suelo, cuando de pronto los dulces y armoniosos sonidos de una música agradable me llamaron la atención. Momentáneamente obró con poderosa fuerza sobre mí; una alegre y clara luz parecía que penetraba en mi alma. Mi atención casi dormida, se fijó de nuevo en todos los objetos que me rodeaban; la hermosura de la noche y del lago, que me había pasado inadvertida, me llamó la atención como una cosa nueva y agradable. Sin querer, díme cuenta en un instante de multitud de cosas que me habían pasado desapercibidas: el oscuro cielo con las masas aplomadas iluminadas por la na-

ciente luna; el lago de color verde oscuro en el que reflejaban las lucecillas que iban á perderse en lontananza; las negras y lejanas montañas, el canto de las ranas de Trechembourg y en la otra orilla el tierno canturreo de la codorniz. Delante de mí, en el mismo sitio donde oíanse los sonidos que habían llamado poderosamente mi atención, ví en la semi-oscuridad y en medio de la calle, un compacto grupo de gente que se apretaba en semi-círculo, y á cierta distancia del grupo un hombrecillo vestido de negro; detrás de todos destacábanse elegantemente algunos grandes tilos del jardín sobre el cielo azul oscuro, elevándose majestuosas á su lado las severas flechas de la catedral.

Fuí acercándome, oyéndose los sonidos cada vez más claros, distinguiendo claramente los acordes graves, lejanos... esparciéndose en el aire de la noche el sonido de la guitarra y algunas voces que se interrumpían la una á la otra, sin cantar, pero que en algunos momentos marcaban los trozos más sugestivos.

El tema era así como una mazurka graciosa y encantadora. Las voces oíanse unas veces cerca y otras lejos; tan pronto se oía una voz de tenor, como una de bajo ó bien un simple gorgéo, como en los cantos tirolianos. Aquello no era una copla, sino una ligera fase melódica de la canción. No podía comprender lo que era aquello, pero era hermoso, los dulces y apasionados acordes de la guitarra, aquella ligera y deliciosa melodía, aquella carita triste del hombrecillo negro, en medio del decorado fantástico del sombrío lago, de la velada luna, de las dos enormes flechas de las torres que se levantaban silenciosas, de los abetos negruzcos de los jardines... todo era extraordinario y muy bello ó cuando menos así parecía.

Todas las impresiones confusas de la vida tomaron para mí un atractivo particular; en mi alma una fresca y perfumada flor se entreabría. En vez de la fatiga, de la distracción é indiferencia que sentía momentos antes por todo lo existente, sentí de pronto el deseo del amor, del placer, de la esperanza, la alegría de vivir. «Qué quiero, qué deseo? me dije involuntariamente. La hermosura y la poesía te envuelven por todas partes; respírala de lleno, goza tanto como puedas. Qué más te hace falta? Todo es tuyo, todo está bien...» Acerqueme un poco más. El cantador era un vagabundo tiroliano, y delante del hotel, con una pierna hacia adelante y la cabeza levantada, cantaba con diversos tonos su graciosa melodía...

Sentí en aquel momento inmensa ternura por aquel hombre y agradecimiento por la transformación que había provocado en mí. El cantador, por lo que pude juzgar, iba vestido con un viejo

traje oscuro, sus cabellos eran cortos y negros; la cabeza llevábala cubierta con un sombrero usado, de los más ordinarios; su traje no tenía nada de artístico, pero su presencia era alegre, ingenua, los movimientos de su pequeño talle dábanle un aspecto agradable y jovial. En la puerta, en las ventanas y en los balcones del hotel alumbrado con profusión, estaban las señoras con sus lindos vestidos y anchas faldas; los caballeros con los blancos cuellos, el portero y los criados con sus trajes galoneados de oro. En la calle, en el medio círculo que formaba la gente, y un poco más lejos en el paseo y por entre los tilos, se veía á los camareros del hotel, así como á los cocineros con sus delantales y gorras blancos; algunos jóvenes se paseaban del brazo; todos parecían dominados por el mismo sentimiento que yo; todos guardaban silencio escuchando atentamente al cantor; todo estaba sumido en profunda quietud, tan sólo oíase de vez en cuando el golpear del martillo ó el canto de las ranas, interrumpido de vez en cuando por el monótono canturreo de la codorniz.

El hombrecillo cantaba como un ruiseñor en la oscuridad de la calle una copla tras otra, una canción tras otra. Aunque ya estaba muy cerca, continuaba gozando con su canto; su voz era extraordinariamente agradable y el gusto y la medida con que emitía la voz eran grandes también, descubriendo en él un gran talento natural; á cada copla modificaba el canto, viéndose que todos los graciosos cambios que hacía salíanle espontáneos y sin esfuerzo alguno.

Entre la gente que le escuchaba en los paseos y en Schweizerhof estallaba de vez en cuando un murmullo aprobador. El número de caballeros y señoras bien vestidos, apoyados pintorescamente en las ventanas y balcones del hotel, aumentaba prodigiosamente. Los paseantes se paraban y entre la oscuridad, en el muelle, alrededor de los tilos, por todas partes veíanse mujeres en pequeños grupos; muy cerca de mí y separados de la gente, un criado y un cocinero estaban de pie fumando un cigarro.

El cocinero estaba embelesado en la música, y á cada nota aguda acercábase al criado y empujándole con el codo le decía entusiasmado: «Qué bien canta, eh!»

A los empujones del cocinero, contestaba el criado con una suave sonrisa, con la cual quería expresar el placer que experimentaba; de vez en cuando encogíase de hombros para hacer comprender que no le extrañaba, pues había oído aun mucho mejor que aquello.

En los intervalos, mientras tosía el cantador, le pregunté al criado quién era aquel hombre y si había ya venido otras veces.

—Viéné dos veces cada verano,—respondió el criado.—Es natural de Argovia y se pasa la vida mendigando.

—Hay muchos cantores como éste?—pregunté.

—Oh! sí,—respondió el criado, no comprendiendo al primer momento lo que le preguntaba; pero, al darse cuenta de mi pregunta, añadió:—Ah! no. Aquí no he visto á nadie más que á él; no viene ningún otro.

En este momento acababa su primera canción; terció vivamente la guitarra y pronunció algunas palabras en un dialecto alemán, que no pude comprender y que suscitó la risa entre la gente que le rodeaba.

—Qué ha dicho?—pregunté.

—Dice que tiene la garganta seca y que se bebería á gusto un vaso de vino,—me tradujo el criado que estaba cerca de mí.

—Ah! sin duda le gusta la bebida?

—Bah! Todos son así,—respondió sonriendo el criado, á la vez que hizo un gesto con la mano señalando al cantor.

Este quitóse el sombrero y empezó á pedir; con su guitarra bajo el brazo se acercó al hotel, levantó la cabeza y se dirigió á los caballeros que ocupaban las ventanas y los balcones.

—*Señoras y caballeros*,—dijo con un acento medio italiano y medio alemán; luego continuó con la entonación de los prestidigitadores cuando se dirigen al público:—*Si creéis que gano algo, os equivocáis; yo no soy más que un pobre diablo*.—Callóse un momento y viendo que nadie le daba nada, cogió de nuevo la guitarra y dijo:—*Ahora, señores y señoras, os cantaré la canción de Righi*.

Todo el público callaba y, todo también, se quedó esperando la otra copla. La gente de abajo se reía por su manera tan extraña de hablar ó quizás porque no le habían dado nada; acerqueme entonces á él y le dí algunos céntimos, los cuales los hizo pasar hábilmente de una mano á otra y se los metió en el chaleco; púsose el sombrero y entonó otra canción. Era una graciosa copla tiroliana que titulaba: *Canción del Righi*. Esta copla, que él guardaba para el final, era más bonita que las anteriores y de todos lados salían murmullos de aprobación; cuando concluyó, agitó de nuevo su guitarra, quitóse el sombrero y apretándolo contra el pecho se dirigió otra vez á las ventanas pronunciando la misma frase: *Señoras y caballeros, si creéis que gano algo...* que evidentemente él juzgaba muy original y bien hallada.

Pero en su voz y en sus movimientos pude observar una indecisión y timidez infantil muy extraordinarias. El público elegan-

te, con sus riquísimos vestidos, estaba aun en los balcones y ventanas. Algunos hablaban entre sí, en voz baja y con tiesura, sin duda del cantor que con la mano extendida estaba delante de ellos. Los otros miraban con curiosidad al hombrecillo de la guitarra. Entre la gente la conversación y la broma iba en aumento; por tercera vez el cantor repitió la frase, pero con una voz aun más débil, tendiendo de nuevo la mano con el sombrero y retirándola enseguida; y por tercera vez ninguna de esas personas tan magníficamente vestidas le echó un céntimo. La gente sin piedad se echó á reír; la talla del pobre cantor parecía disminuir; con la guitarra en una mano y levantando el sombrero con la otra, pronunció: *Señores y señoras, os doy muchas gracias y muy buenas noches*; y se puso el sombrero. La gente se echó á reír alegremente, poco á poco las damas y los señores elegantes fueron retirándose de los balcones, hablando tranquilamente entre sí; en las avenidas siguió el público paseando; la calle, silenciosa durante el canto, volvió á reanimarse, tan sólo algunos hombres se acercaron al cantor y se reían; oí al hombrecillo murmurar entre dientes y, como si se volviera aun más pequeño, tomó á paso rápido la dirección de la ciudad.

Algunos jóvenes que le miraban, le siguieron riendo á cierta distancia. Yo me quedé pasmado; no comprendía lo que aquello significaba, permaneciendo atontado en mi sitio; miraba atónito cómo se alejaba aquel hombre en dirección á la ciudad y á los jóvenes que le seguían riéndose; sentía mucha pena y amargura... sobre todo por el cantor, por la gente y por mí mismo, como si yo hubiese pedido dinero y además de negármelo se hubiesen reído de mí. Por fin dirigí mis pasos hacia Schweizerhof; no me daba aun cuenta de lo que me sucedía, pero sentía un gran peso en el alma que me ahogaba.